

A continuación encontrarás una muestra del libro
«Tu caos sí importa» del autor Luke Lezon.

Puedes adquirir el libro aquí:
[https://www.editorialunilit.com/tu%20caos%20si%
20importa](https://www.editorialunilit.com/tu%20caos%20si%20importa)

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com



**TU
CAS SÍ
IMPORTA
LUKE
LEZON**

**Confía en el Dios que crea del polvo
y redime por la sangre**



Unilit

*Para mi hermosa novia, Linds,
que vio mi caos y me amó
lo suficiente como para decir «Sí, quiero»*



*Para mi hermano, Alex,
que conoce cada parte de este caos
y, a pesar de eso, me ama mucho*



*Para mi papá y mi mamá, Jon y Tonja,
que hicieron este caos y no les queda más remedio
que amarlo. Ser su hijo es una de las alegrías
y de los regalos más grandes de esta vida.*

Enamorarse de Dios es el más grande de los romances; buscarlo, la mayor de las aventuras; encontrarlo, el mayor logro humano.

AGUSTÍN DE HIPONA



Contenido

<i>Mi hora más oscura</i>	11
1 Hecho en el caos	17
2 La tierra que desprecias	33
3 Lecciones para soltar	47
4 El regalo del dolor y cómo avanzar a través de él	65
5 No puedes ganar la guerra por tu cuenta ..	83
6 Colgado de un hilo	97
7 El rey de los ladrones	109
8 Arde toda la noche	125
9 De caos a obra maestra	141
10 El arte de recordar	157
11 Por la sangre	171
12 Trae a los quebrantados a casa	185
<i>Notas</i>	203



Mi hora más oscura

«**E**stoy asustada».

Sacó el teléfono, presionó enviar y esperó. Lindsey, mi esposa, tenía la mirada fija en la puerta blanca y desgastada, esperando a que llegara el calvario. El hombre que siempre había sido no estaba allí. Ella no tenía ni idea de quién era; tampoco puedo decir que yo la tuviera. Allí estaba, sentado como un extraño en mi propia casa, no en un sofá ni en una silla como lo haría una persona normal, sino tirado en el piso de la cocina, mirando de manera inexpressiva los estantes color café de los años setenta, horrorosamente baratos, que tenía delante de mí. Podía sentir la mirada de mi esposa, que luego miraba la puerta y me volvía a mirar una vez más.

No tardó mucho tiempo. Las puertas se abrieron.

En realidad, no recuerdo todo lo que pasó ese día. ¿Por qué los médicos se demoran tanto en averiguar lo que anda mal conmigo? Habían pasado varios meses. ¿Cómo es posible que no lo supieran? Lo que comenzó como una conversación con mi esposa se convirtió en una pelea a gritos que gané yo, pero lo cierto es que la perdí. Grité y luego hice una pausa; maldije a Dios. Lindsey seguía diciéndome que me calmara, pero era en vano. Después de un rato, se dio

por vencida y se echó a llorar en el sofá porque se dio cuenta de mi situación. El estrés, la ira y un temor enceguedor llenaban mi mente. Colapsé en el piso de la cocina y logré sentarme, con la barbilla sobre las rodillas. Me sentía frágil, vulnerable y expuesto. El temor y el estrés habían estado bullendo dentro de mí, hasta que hirvieron y quemaron a mi esposa.

Mi papá, mi mamá y mi hermano entraron por la puerta, uno detrás del otro. Tranquilos, calmados y estables. No dijeron ni una palabra. Mi mamá fue directo hacia Lindsey y la abrazó. Mi papá las acompañó hasta el auto. Escuché a Alex, mi hermano, preguntarle a Lindsey: «¿Dónde está él?».

La conversación

Entró a la cocina y se sentó frente a mí, en la misma posición en que estaba yo. Sonrió. No pude evitar que los músculos de la cara hicieran el intento de esbozar una sonrisa, a pesar de las circunstancias. Cada persona tiene una función diferente en tu vida. Mis padres son los mejores padres que cualquiera podría desear, mi esposa es el amor de mi vida y mi compañera en todo, pero si necesito a alguien que me ayude a encontrar una salida o que me haga entrar en razón, llamen a Alex. Después de todo, los hermanos están ahí para los momentos de adversidad.

—¿Cómo ha estado tu día? —me preguntó.

Me reí, y luego ambos nos reímos.

—No me puedo quejar.

—¿Qué está pasando dentro de tu cabeza?

El momento de las ocurrencias y las risas no duró mucho. Pensé en su pregunta una y otra vez en mi mente. Hasta ese momento me había sentido como si nadie me prestara atención. A los médicos parecía no interesarles. Mi familia, sin lugar a dudas, estaba preocupada, pero no tanto como yo, al menos no en mi presencia.

Sin embargo, en los últimos tiempos parecía como si estuviera volando sobre el mar y, de repente, me lanzara en picado a una velocidad vertiginosa. Estaba perdiendo el ánimo tan rápido como estaba perdiendo peso. Los análisis de sangre no demostraban que se podían descartar los peores escenarios; nos estábamos preparando para la posibilidad de tener que llevar a cabo procedimientos. *Procedimientos*. ¿En serio? Tenía veinticuatro años. ¿En serio me estaba pasando algo así? Esa clase de cosas les pasaba a otras personas, no a mí. Había conversado con personas que atravesaban situaciones similares, pero nunca las había vivido en lo personal.

—Estoy cansado. Débil. Asustado. Estresado. Nadie sabe lo que anda mal en mí. Han pasado meses. Meses, en plural. Con s. No sé qué más hacer —le contesté de la forma más concreta que pude.

Alex no se apresuró para responder. Es un hombre de pocas palabras, pero calcula cada una de ellas, las piensa con mucho cuidado y las dice con un propósito.

—No hay nada que puedas hacer.

—De veras tienes que aprender un poco más sobre las charlas motivacionales —dije sin poder evitar que el sarcasmo pasivo-agresivo se me escapara de los labios. Sus palabras no eran precisamente reconfortantes.

Soltó una risita.

—Lo digo en serio. No hay nada que puedas hacer. Los médicos están tratando de averiguar lo que pasa contigo, pero toma tiempo. Tienes personas a tu alrededor que no te van a abandonar. Tienes a Lindsey; nos tienes a nosotros; pero no hay nada que puedas hacer. Si es malo, atravesaremos lo malo juntos. Si es bueno, celebraremos. De cualquier manera, este caos no intimida a Dios, y no nos vamos a ir a ninguna parte.

Aplaudí con rapidez, enojado porque mi hermano no sintiera el mismo miedo que yo en medio de esa tormenta.

—Es un caos, ¿cierto?

Ese es mi recuerdo más claro del día. Sí recuerdo cuando el resto de mi familia regresó a la sala en algún momento. Lindsey tenía que ir a trabajar. No quería hacerlo, ¿pero qué más podía hacer? ¿Llamar al trabajo y decir que tenía una situación de ataque inminente y que no sabía cuándo podría ir a trabajar? «Hola, mi esposo psicótico está gritando, camina de un lado a otro, se cae y se levanta, y se vuelve loco como un niño asustado en medio de un berrinche. Iré al trabajo cuando encuentre su chupete». Sin embargo, el resto de la familia le aseguró que todo iba a estar bien. Me llevaron a su casa, me acompañaron hasta una cama vacía y me acosté a dormir.

Nunca podría hacerlo, y nunca lo haré

Sentí que el borde de la cama se hundió un poco. Todavía exhausto debido a los acontecimientos que tuvieron lugar antes, ni siquiera intenté levantarme. No tenía idea de la hora que era, pero debí haber estado durmiendo durante algún rato, pues cuando me di la vuelta, mi esposa sonreía a mi lado. Vino después de terminar su turno y se sentó allí a rascarme la espalda, sin decir una palabra.

Es difícil decir lo que sentí en ese momento. Incluso, es más difícil que tratar de explicar lo que sucedió durante el colapso emocional que sufrí ese día. Me sentía avergonzado por las cosas que le dije y por haberle gritado. Le grité a pleno pulmón, le dije que no entendía lo que yo estaba atravesando. Que no le importaba. Que no se esforzaba para ayudarme en mi hora más oscura. Todo lo que dije estaba muy lejos de ser cierto, pero las personas heridas hieren a otras personas. Era vergonzoso. No porque ella sintiera vergüenza de mí, sino porque mi propio pecado no solo me afectó a mí, sino a la persona que amo más que a nadie en este mundo, más que a mí mismo.

Recostó su cabeza al lado de la mía, pero yo me había dado la vuelta. Duele mirar a alguien a quien heriste.

—Luke, mírame —me dijo.

Me di la vuelta y la miré de mala gana.

—¿Cómo te fue en el trabajo?

—Bien —sonrió—. Muy lento, pero bien.

—Entonces, ¿ahora quieres divorciarte de mí o qué?

Creo que intenté descartar el peor de los escenarios lo más pronto que pude. Mientras los médicos no estuvieran seguros de lo que pasaba con mi salud, al menos podía intentar saber lo que Lindsey pensaba que sucedería con nuestro matrimonio después de los acontecimientos del día.

—No —me respondió y se rio.

—Bueno, muy bien. Este es el mejor momento de mi día.

Estaba demasiado avergonzado como para seguir mirándola, así que de nuevo le di la espalda. No todos los dolores son iguales. Me dio un beso en la sien y me susurró al oído:

—Nunca podría hacerlo, y nunca lo haré.

Salió y cerró la puerta detrás de sí.

Nos metemos en el caos

No le he contado esa historia a mucha gente; eres uno de los primeros en saberla. Te mentiría si te dijera que fue fácil escribirla. Es vergonzoso pensar en esto y ponerlo por escrito. ¿A quién le gusta hablar sobre su hora más oscura? Y mucho menos contársela a otros. Me gustaría poder decir que esa es la única situación caótica que he experimentado en mi vida, pero la verdad es que solo es una de muchas. Estoy seguro de que tienes muchas historias caóticas que son devastadoras de las cuales hablar o pensar, pero los problemas no desaparecen a menos que se aborden. Te conté uno de mis momentos más caóticos antes de empezar juntos este viaje, pues quiero que sepas que seré sincero contigo y te recordaré que no estás solo.

No te conozco en persona. Sí, a ti, que ahora tienes este libro en las manos. No sé todo sobre ti. No sé dónde trabajas, dónde vives, cuánto dinero ganas, cuál es tu estado civil ni a qué se parece el caos en tu vida, pero sí se esto: tu vida es caótica; mi vida es caótica. No obstante, el principio central que se aplica a todo el que está leyendo esto es que, ya sea que lo sepas o no, Jesucristo dejó las comodidades del cielo para encontrarte en tu caos, limpiarte y traerte a la familia como hijo de Dios.

En muchas ocasiones, he escuchado que «Dios nos encuentra en medio de nuestro caos». Eso parece bueno, ¿cierto? Sin embargo, ¿qué significa en realidad? ¿Acaso Dios no es puro y perfecto?

Cuando Dios hizo al hombre, Génesis nos cuenta que lo formó del polvo y que sopló aliento de vida en su nariz. Cuando Dios envió a su hijo, Jesucristo, no vivió nada parecido a nuestra idea de una vida perfecta. Sí, Jesús vivió una vida perfecta y sin pecado, pero no tuvo las comodidades reales que se espera que disfruten los reyes. No lideró desde un palacio; no tuvo donde vivir. No tuvo sirvientes que le abanicaran el rostro con ramas de palma; tuvo seguidores que cayeron a sus pies cuando entró a Jerusalén por última vez. No tuvo una corona de joyas, sino una corona de espinas. No se sentó en un trono decorado; lo clavarón a una vieja y rugosa cruz. No les pidió a otros que derramaran su sangre para proteger su Reino; Él derramó su propia sangre para llevarnos al suyo.

Dios no esquivo el caos en tu vida; trabaja en él. Del polvo nacimos y por la sangre recibimos todo lo que necesitamos en Jesucristo. Dios no solo crea con el polvo; Él derrama la sangre. La obra caótica es una obra divina, y oro y creo que Dios va a usar este libro como un recurso para hacer una obra divina en ti.



CAPÍTULO 1

Hecho en el caos

Recuerdo lo rápido que giraba, el agua deslizándose de la punta de mis dedos mientras la textura viscosa se deslizaba por mis manos. Recuerdo que sentí que tenía el control total y, sin embargo, no tenía ningún control. Era estimulante y aterrador.

Mi maestra de preescolar miraba por encima de mi hombro mientras yo jugaba a ser dios con mi creación de barro. Se arrodilló y me habló con suavidad, tratando de no distraer a los otros dioses que estaban en la habitación con sus creaciones de barro.

—Parece que estás aprendiendo a hacerlo.

Miré la rueda del alfarero para niños que tenía delante de mí. El bulto de barro con el que empecé parecía ligeramente más formado que quince minutos atrás, pero no mucho. Quería hacerle a mi mamá una nueva taza de café. Había estado esperando por eso toda la semana para poder sorprenderla, pero hasta ese momento parecía que trataba de hacerle un panqueque de barro.

—Gracias, señorita Tuttle —respondí.

Se quitó un bolígrafo de detrás de la oreja, y empezó a tomar notas como si estuviera lista para

continuar avanzando hacia el siguiente día, pero se dio cuenta de mi decepción.

—¿Qué pasa, Luke?

Parecía preocupada de verdad. No pensé que habría nada de malo en ser sincero.

—Todo lo que he hecho es un caos. Mire esta... esta... cosa.

Buscó en mi expresión las palabras de aliento adecuadas, chasqueando su bolígrafo a una velocidad asombrosa mientras meditaba sus palabras con sumo cuidado.

—No espero que los proyectos de arte de los niños de primaria sean perfectos, Luke. ¡Se trata de divertirse! A tu mamá le encantará cualquier cosa que le hagas. Te lo prometo.

Me puso la mano en el hombro como si eso fuera suficiente para consolar al perfeccionista que hay en mí. Una cosa que los perfeccionistas de la escuela primaria no quieren escuchar es: «No tiene que ser perfecto». Si no hacía que Miguel Ángel cayera de rodillas y se echara a llorar con tan solo ver mi obra, no era lo bastante buena.

—Sé que le gustará. Tiene que gustarle. Es mi mamá. Solo quiero que sea perfecta. Ahora es un desastre.

Los demás alumnos empezaron a mirarnos, pensando que estaba en problemas debido a lo mucho que duraba nuestra conversación mientras ellos les daban vueltas a sus creaciones y se reían. La señorita Tuttle también pensó en esto que le dije. Se puso de pie, me miró y dijo:

—Luke, sin caos, no hay cambio. A tu mamá le va a encantar lo que significa este cambio. ¡Te lo prometo! Continúa trabajando; lo estás haciendo muy bien.

Vi cómo se apresuraba hacia las otras mesas, todavía chasqueando su bolígrafo con vigor. Parecía que mis compañeros disfrutaban la lección de alfarería mucho más que yo. Pensé: «Sí, pero sin mí, no hay caos».

Esa declaración acerca de mí mismo cuando era niño contenía mucha más verdad de lo que me daba cuenta. Los comentarios de

la Sra. Tuttle también eran ciertos. Esa no sería la última vez que escucharía las palabras «Sin caos, no hay cambio». Estoy seguro de que has escuchado ese dicho, pero si le quitas las capas, te das cuenta de que sin «mí», no hay «caos». Los momentos de caos son capítulos de la vida; constituyen una parte de tu historia, pero no son el centro de tu historia. Hay una profundidad casi inescrutable para el alma humana. Solo Jesús puede llegar a nuestros rincones más oscuros, iluminarlos y llamarnos mientras tratamos de escondernos allí. Él nos promete un camino mejor, el Camino. Cada persona con la que entramos en contacto pasó, pasa o pasará por *algo*. Puede que no sepas qué es ese algo, pero la buena noticia es que Jesús dejó la gloria del cielo para encontrarte en tu caos, lavarte y llamarte suyo.

No nos gusta el caos. Queremos que nuestras vidas se vean tan limpias como sea posible. Vivimos en una cultura que valora las mentiras bonitas por encima de las verdades feas. Tememos que si las personas se enteran del caos en nuestra vida, siempre nos asociarán con ese caos, y se convertirá en nuestra identidad.

Haz algo de mí

Me gusta la forma en que *The Message* [traducción de la Biblia en inglés] parafrasea el Salmo 40:17:

¿Y yo? Soy un caos. No tengo nada y no soy nada:
 haz algo de mí.
 Puedes hacerlo; tienes lo que se necesita;
 pero Dios, no te tardes.

El salmista mira la rueda de alfarero que tiene entre las piernas y ve el barro como una representación de su propia vida, y la taza de café que tenía en mente es un panqueque plano de barro. «Soy un caos. Haz algo de mí».

Ese es uno de nuestros mayores temores, ¿no es así? Mirar nuestra vida y sentir como que va a terminar en la basura. Sentimos que tenemos todos los recursos y materiales a nuestro alrededor para hacer una taza de café, para hacer grandes cosas con la vida que se nos dio, pero solo hemos embadurnado el lienzo de nuestras vidas con un panqueque de barro, sin lograr lo que Dios nos llamó a hacer. Ver el caos de nuestras vidas y sentir que no se puede salvar es aterrador, pero salvar significa rescatar. La mala noticia es que no podemos rescatarnos a nosotros mismos. La buena noticia es que no tenemos que hacerlo.

El salmista le escribe a Dios porque sabe que su caos requiere la intervención de Dios. No escribe para hacer algo de sí mismo. Escribe para pedirle a Dios que haga algo de él. Le dice a Dios: «No tengo nada y no soy nada: haz algo de mí». El comienzo de las mejores obras de Dios en tu vida se realiza cuando llegas al final de ti mismo. Si estás perdido en el mar, pero eres demasiado orgulloso para disparar una bengala, pidiendo ayuda, te ahogará. Sin embargo, cuando llegas al final de tu orgullo y disparas el tiro de la rendición, te pueden llevar hasta tierra a salvo. Jesús invade tu historia en una misión de salvación. No solo te encuentra en tu caos, sino que prospera en él. Crea algo nuevo de algo roto, la vida de la muerte, algo de la nada. Dios es experto en trabajar en el caos, pero se necesita la perspectiva adecuada para verlo.

Perspectiva para el objetivo

Antes de que los Estados Unidos se convirtieran en los Estados Unidos, éramos un puñado de vecinos disgustados con un objetivo en común, el cual era convertirnos en una nación libre. El problema era que le hacíamos frente a uno de los ejércitos más poderosos del mundo. Tenían una gran experiencia, eran disciplinados en gran medida y poseían muchos fondos¹. Nosotros no teníamos nada de eso.

Los británicos habían tomado Filadelfia, la capital en esa época, se acercaba un invierno brutal y tal parecía que los estadounidenses estaban destinados a fracasar². Necesitaban ayuda, y la ayuda llegó en Valley Forge el 23 de febrero de 1778, cuando entró en la escena el barón von Steuben, excapitán militar prusiano, a fin de ayudar a las tropas de Washington.

Inspeccionó la comida, el equipo y los lugares donde vivían los soldados, y se dio cuenta de que sus condiciones eran tan caóticas que comentó: «Ningún ejército europeo podría haberse mantenido unido en tales circunstancias»³. Incluso, el Servicio de Parques Nacionales afirmó que «lo que [von Steuben] encontró fue un ejército que le faltaba todo, excepto ánimo»⁴. Se dio cuenta de que todos los soldados tenían entrenamientos y formaciones diferentes, lo que creaba un caos en el campo de batalla. Von Steuben les enseñó a las tropas cómo recargar rápido los mosquetes, cómo usar una bayoneta y cómo marchar como una unidad en columnas compactas en vez de filas largas. Les enseñó métodos que no conocían, y cuando empezó la guerra en la primavera, el cambio en sus métodos fue notable. En vez de quedar aplastados, las tropas se mantuvieron firmes. Von Steuben moldeó con éxito un ejército indefenso y lo convirtió en una fuerza formidable. Sus métodos dieron tan buenos resultados que, en realidad, algunos se usan todavía en la actualidad⁵.

Antes de que Von Steuben apareciera, a las tropas las estaban aplastando en el campo de batalla; no les iba bien en la guerra. ¿Alguna vez has sentido eso en tu propia vida? ¿Como si Dios te hubiera llamado, pero te lo estás cuestionando porque las cosas no van como piensas que deberían ir? Las tropas sabían que su llamado era luchar por la libertad, ¡pero la batalla no le iba bien! ¿Por qué? No es que no tuvieran métodos, sino que les habían dado los métodos *equivocados*. Cuando el barón von Steuben introdujo los métodos adecuados a la locura, los convirtieron en lo que tenían el llamado a ser con el fin de llevar a cabo lo que tenían el llamado a hacer.

Los métodos equivocados crean confusión, y si no tenemos cuidado, pensaremos que seguimos el método apropiado. Sin embargo, en el campo de batalla de la vida, significará un caos. Dios tiene un método para darnos forma en lo que Él nos creó para que fuéramos y en lo que Él nos creó para que hiciéramos, pero a veces puede ser muy, pero *muy* frustrante, ¿cierto? Preguntamos: «Señor, ¿por qué parece que las puertas están abiertas y luego me golpean en la cara? ¿Por qué no tengo la oportunidad que tienen otros? ¿Dónde está el dinero? ¿Por qué, Señor? ¿Por qué? ¿Cuándo? ¡Apresúrate!». Creo que Dios quiere hacer algo especial en ti y por medio de ti para su gloria, pero su proceso de preparación, su método para formarnos, casi siempre es diferente de lo que queremos y de lo que la cultura nos vende como éxito. Tenemos que abandonar la perspectiva mundana de progreso y aferrarnos a la perspectiva piadosa de progreso.

La historia del barón von Steuben es una de perspectiva. Entró a una situación de caos. Trabajaba con un ejército hambriento, mal equipado, que vivía en lugares horribles, y le había faltado la disciplina para marchar unido. Así es que se conocía, eso era lo que conocía el resto del mundo, pero él no solo vio lo que veía el resto de las personas. Vio más allá del caos. Vio a un grupo que tenían valor y que estaba dispuesto a que lo convirtieran en algo especial, de modo que lo transformó en una vasija finamente moldeada.

Súbete a la rueda

Tenemos que subirnos a la rueda, no como el alfarero, sino como el barro. En Jeremías 18:2-6 (LBLA), Dios le dice a Jeremías:

Levántate y desciende a la casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras. Entonces descendí a casa del alfarero, y he aquí, estaba allí haciendo un trabajo sobre la rueda. Y la vasija de barro que estaba haciendo se echó a perder en

la mano del alfarero; así que volvió a hacer de ella otra vasija, según le pareció mejor al alfarero hacerla. Entonces vino a mí la palabra del SEÑOR, diciendo: ¿No puedo yo hacer con vosotros, casa de Israel, lo mismo que hace este alfarero? —declara el SEÑOR. He aquí, como el barro en manos del alfarero, así sois vosotros en mi mano, casa de Israel.

Cuando Jeremías descendió a la casa del alfarero, ve en el versículo 4 que «la vasija de barro que estaba haciendo se echó a perder en la mano del alfarero; así que volvió a hacer de ella otra vasija, según le pareció mejor al alfarero hacerla». Y la *volvió a hacer*, según al *alfarero* le pareció mejor hacerla. Si no estás en público, siéntete libre de gritar amén o al menos escríbelo en los márgenes del libro si es que sabes que lo que el Alfarero quiere hacer y lo que el barro desea hacer no siempre coinciden. A veces, Dios nos da lo que necesitamos en vez de lo que queremos, pues lo que queremos nos va a conducir a nuestros deseos, pero lo que necesitamos nos conducirá hacia nuestro destino. Si un alfarero puede tomar el barro y transformarlo en diferentes medios para que cumplan su propósito en una casa, ¿cuánto más piensas que Dios hará en nuestras vidas si mantenemos una perspectiva piadosa a medida que Él trabaja en el caos de nuestras vidas?

La perspectiva es algo poderoso. Si tan solo modificáramos un poco nuestra perspectiva, cambiaríamos la trayectoria de nuestro camino. Citando al gran teólogo Albus Dumbledore: «Nuestras elecciones son las que muestran lo que somos en realidad, mucho más que nuestras habilidades»⁶. Von Steuben decidió ayudar a las tropas estadounidenses cuando estaban mal equipadas, alimentadas y dirigidas. Las tropas optaron por ser obedientes a pesar de que tenían frío, estaban muertas de hambre y llevaban las de perder. Jeremías ve al alfarero trabajar en su rueda y, a pesar de que el barro no salió bien la primera vez, el alfarero no lo botó, sino que

lo volvió a trabajar. ¿Modificaremos nuestra forma de pensar para adoptar una perspectiva piadosa en medio de los incómodos momentos de la vida cuando nos están moldeando? ¿Decidiremos ser obedientes y permitir que Dios nos vuelva a hacer como Él crea conveniente? Es fácil decirlo, pero difícil de hacerlo.

Al igual que la situación que encontró von Steuben, la vida casi siempre es más caótica antes de que por fin podamos ver nuestras vidas desde una perspectiva piadosa. Solo cuando pasamos por un dolor es que pensamos que no podemos resistir, o después que pasamos por esa relación o esa adicción abismal es que tal vez lleguemos a tener una idea de lo que está haciendo Dios. Søren Kierkegaard lo dijo así: «La vida tiene que vivirse hacia adelante, pero solo puede entenderse hacia atrás»⁷. Tenemos que avanzar junto con Dios a través del caos para llegar al otro lado, entonces podemos mirar atrás y ver lo que vio Dios.

Estoy seguro de que has escuchado el dicho «la percepción es la realidad», que significa que lo que las personas perciben es casi siempre lo que creen, basándose en lo que ven, escuchan, prueban, tocan y huelen, sin tener en cuenta que sea cierto o no. Significa que tomas algo al pie de la letra, creyendo que lo que tienes delante, y todo lo que puedes inferir de eso, es la verdad, pero siempre hay algo más de lo que pueden ver los ojos. Una perspectiva piadosa no se inclina ante la perspectiva del mundo.

No hace mucho pensé que tenía un resfriado y, a medida que pasaban los días, no me sentía mejor. Tenía fiebre, no muy alta, pero no se me quitaba. Me había empezado a doler la garganta, y el cuerpo me dolía más al tercer día de lo que me dolió el primer día. En vez de ir a ver a un médico, decidí resolver el asunto por mi propia cuenta. Decidí hacer algo que lamento mucho. Escúchame: nunca jamás hagas esto.

Busqué mis síntomas en Google y terminé en WebMD. Sin darme cuenta, tomé una decisión catastrófica. WebMD es del enemigo.

Es una percepción mundana en su versión más refinada. En veinte minutos pasé de «Debes resolver con Advil» a escoger mi ataúd de madera tallada favorito y una cita bonita para mí lápida.

Nos parecemos mucho a WebMD. Cuando vemos el caos en nuestras vidas, tratamos de hacer un diagnóstico basándonos en lo que vemos. La perspectiva piadosa ve más allá de los síntomas del caos y se enfoca en lo que viene después. WebMD puede darme su opinión al pie de la letra, pero no tiene la última palabra.

Bájate de la rueda

Tenemos que subirnos a la rueda como el barro, pero eso significa que hay que dejar de intentar hacer el papel del Alfarero. Una perspectiva piadosa es esa que ve la vida a través de los lentes de la fe y la esperanza que tenemos en Jesucristo. Se necesita que 2 Corintios 5:7 (LBLA): «Por fe andamos, no por vista» pase de ser el versículo de tu almohada favorita a la almohada en la que puedes dormir tranquilo por la noche sin importar las circunstancias. Si creo que todo lo que veo es cierto, no estoy viendo la vida de acuerdo a una perspectiva adecuada, centrada en Jesús y de acuerdo a la cruz. Estoy viendo la crucifixión de Jesús y no me quedo el tiempo suficiente como para ver la resurrección de Jesús. Es una forma de pensar de tres días después: ver la muerte a través de la perspectiva de la resurrección. La certeza en las cosas que vemos mira nuestro caos y dice: «No hay esperanza. Así es que son las cosas». Sin embargo, una perspectiva piadosa no subestima el caos en nuestras vidas ni lo barre debajo de la alfombra. Lo trae al frente, lidia con él y enciende una luz en la oscuridad. La perspectiva piadosa nos ayuda a tener fe durante el caos y a ver a Jesús a través de él.

Usando la ilustración del alfarero y el barro, Dios le da a Jeremías un mensaje dirigido a la nación de Israel. Puesto que Dios usa esta ilustración para hablarle a toda una nación, de seguro

que puede usarlo para hablarnos de manera individual. Ahora bien, ¿por qué eligió a un alfarero y un poco de barro? Dios pudo haberle dicho a Jeremías el mensaje que quería transmitirle. Incluso, si no quería decírselo a Jeremías de forma directa, todavía tiene un número infinito de formas de transmitir su punto de vista, pero elige en específico el alfarero y el barro. ¿Por qué? En ese momento particular de la historia, las personas estaban más familiarizadas con la alfarería de lo que nosotros lo estamos en la actualidad, pero a pesar de eso, pudo haber escogido un sinnúmero de otras ilustraciones. Dios le muestra a Jeremías el trabajo caótico que se requiere para la alfarería, y le da a Jeremías una perspectiva poderosa sobre la forma en que Él trabaja en el caos de nuestras vidas.

En Jeremías 18:6, donde dice: «¡Oh, Israel!», escribe tu nombre arriba en tu Biblia. Deja este libro un momento, ve y busca tu Biblia, y hazlo, o solo escribe tu nombre en el espacio en blanco que aparece en la siguiente oración y léela para ti mismo. Dios dice: «¡Oh, _____! ¿No puedo hacer contigo lo mismo que hizo el alfarero con el barro? De la misma manera que el barro está en manos del alfarero, así estás en mis manos» (NTV). ¿Te das cuenta? Dios nos da la perspectiva que necesitamos para entender la ilustración. Representamos un papel. Dios es el alfarero. Nosotros somos el barro.

En mi clase de arte de la escuela primaria, observé el barro en la rueda de alfarero con gran decepción. En el Salmo 40, el salmista mira la rueda de alfarero que tiene entre las piernas y ve el barro como una representación de su propia vida. Se da cuenta de que no necesita moldear, sino que necesita que le moldeen. Clama: «¡Haz algo de mí!». Con frecuencia, el mayor obstáculo en nuestro caos somos nosotros mismos. En vez de aceptar nuestro papel de barro, tratamos de ser el alfarero, y no nos gusta lo que vemos porque la rueda no es nuestra; es del Alfarero.

El propósito del barro se maximiza cuando está en las manos del alfarero, de la misma manera en que nuestras vidas se

maximizan cuando las ponemos en las manos del Dios que nos dio la vida desde el principio, pero eso no siempre es cómodo. No es posible tomar el barro y empezar a hacer vasijas. No sé si alguna vez has visto a un alfarero transformar un pedazo de barro en una vasija, pero es caótico y tedioso. Es todo un proceso crear una pieza funcional con un propósito. No es posible tomar el barro del suelo y convertirlo en seguida en una vasija. Tiene impurezas que primero hay que refinar. El barro se echa en la rueda del alfarero, y se le aplica el agua para darle forma. El barro se presiona, se estira, se aplasta, se le da forma, y cuando piensas que prácticamente está hecho, empiezan los detalles más delicados de la obra. Se hace el borde más grueso y más ancho para que sea más fuerte. La parte de adentro se agranda para que pueda contener más líquido o más granos. Se le da forma al asa, de modo que quede perfecta para que una mano la sostenga y lleve el peso de lo que contiene.

A medida que el Alfarero trabaja el barro, tiene momentos en que comienza a formar con torpeza la vasija o de una manera contraria a lo que el Alfarero se propone desarrollar, por lo que la rehace y la rehace un poco más. No la bota y dice: «Esa fue una mala pieza. Gracias. ¡La siguiente!». No, sino que la moldea con mucha paciencia. Por último, hay que ponerla en un horno para que pase por el fuego con el objetivo de asegurar que sea lo bastante fuerte como para llevar a cabo el propósito para el que la creó. Tiene que pasar tiempo en las manos del Alfarero para que este la rehaga una y otra vez. Mientras Dios te moldea y te da forma, puede que parezca caótico, pero las manos que trabajan en ese caos crean una hermosa alfarería. Hay belleza en esto, y hay propósito en el proceso.

La belleza de las piezas rotas

El otro día, me encontré con un amigo en una cafetería local y me preguntó sobre qué estaba escribiendo. Le conté lo que pensaba

sobre Jeremías 18. Analicé todo lo que había escrito hasta este momento y, mientras hablaba, no dijo nada. Ni siquiera hizo contacto visual conmigo. Parecía que no estaba presente, mientras miraba al vacío a medida que yo seguía hablando. Después que terminé de explicarle sobre lo que había estado escribiendo, no recibí ninguna respuesta suya. Era como si estuviera durmiendo con los ojos abiertos. Me puse a jugar con mi taza de café durante una incómoda cantidad de tiempo hasta que, por fin, decidí ser un poco más directo. Chasqué los dedos delante de su cara y dije con tono sarcástico: «¿Hola? ¿Estás ahí? ¿Tienes algún comentario sobre lo que te dije? ¿No te gusta la idea? Puedes ser sincero conmigo. No vas a herir mis sentimientos».

Me miró por primera vez desde que empezamos a conversar. Ahora era su turno de jugar torpemente con su taza de café. Hizo una breve pausa, luego puso la taza a un lado, juntó las manos y, tragándose las lágrimas, dijo: «Creo que es muy bueno, amigo. Solo que no puedo evitar escuchar lo que dices y pensar en mi propia vida. Siento que mi propósito y la pieza que solía ser no concuerdan. Me siento roto, como si Dios me hubiera estado usando y estuviera cumpliendo los propósitos de Dios en mi vida, pero entonces, en algún lugar del camino, me desbaraté. Me rompí».

Si tomara a cada uno de nosotros y pusiera nuestros pensamientos en un proyector, es probable que nos diéramos cuenta de que, para cada uno de nosotros, en algún lugar de nuestro camino, hay esa cosa o esas cosas que pudiéramos señalar y decir: «*Eso* que está ahí es el caos que pensé que ni siquiera Dios podía limpiar o que no quería acercarse a él. Ahí es donde comencé a creer que estaba demasiado roto para que Dios me usara. La vergüenza y las heridas de *ese* momento. Ahí es donde mi propósito se hizo añicos». Si eso fue un abuso en tu vida, una adicción, sueños que nunca se hicieron realidad, perdiste a alguien cercano, tu confianza la traicionó alguien que pensaste que nunca te haría daño, la

inseguridad te impidió ser eso que sentías que Dios te llamaba, pero Él trae verdadera belleza y hace algo nuevo de las piezas rotas que nunca pensamos que podrían volver a unirse.

Hace algunos años, leí un artículo acerca del arte japonés del kintsugi. El kintsugi es un arte que repara la alfarería o las cerámicas rotas con una laca previamente mezclada con oro, plata o platino. La idea detrás de eso es que, en vez de esconder el daño que sufrió la pieza, magnificas la belleza de las reparaciones que la restauran. Lo que es mejor, las reparaciones hacen que la pieza sea de veras más hermosa y valiosa de lo que era antes de romperse. El kintsugi es un arte de perspectiva. En vez de ver un montón de piezas rotas que hay que botar, miras lo que una vez fue y te das cuenta de que lo que vendrá es más hermoso aún. No tomas las piezas rotas, las juntas, las pegas con una laca de oro y dices: «¡Mira, quedó como nueva!». No, sino que tomas con cuidado cada pieza y, aunque tal vez lleve un poco de tiempo, colocas con suavidad cada fragmento en su lugar original con el objetivo de que la pieza sirva para cumplir su propósito, luego la sellas con una laca bella y cara, y dices: «Ahí está, más bella que nunca antes». Esa es una perspectiva piadosa en una situación caótica. Es un recordatorio de la belleza de que te hagan nuevo y completo a través de la obra redentora de Jesucristo en la cruz. Sin tener en cuenta lo rotos que estamos en la vida, lo mucho que nos hirió esa persona, o lo mal que hablaron de nosotros, sin tener en cuenta lo que hicimos o lo que nos hicieron, Jesucristo vino a esta tierra, recogió todas nuestras piezas y nos selló con la laca de su sangre que derramó de forma voluntaria por ti y por mí en la cruz.

En algún lugar de tu historia, tal vez la vergüenza que sintieras por un matrimonio fallido te impidió sentir que Dios podría usarte. Quizá alguien te convenciera de poner tu identidad en lo que la gente piensa de ti en lugar de lo que Dios dice de ti, y te sientes preso de las opiniones de las personas, a pesar de que Dios

te liberó. A lo mejor las profundas heridas emocionales de la infertilidad te dejaron sin esperanza y te preocupas porque crees que Dios se alejó de ti. O buscabas oportunidades de trabajo y fuiste a todas las entrevistas, pero la búsqueda de trabajo infructífera continúa y empiezas a preocuparte por tu seguridad financiera. Tal vez creyeras que eres indigno o indigna de que te amen porque nunca has tenido una relación duradera, a pesar de que Dios te llama su amado o amada. Sin importar cuál sea tu caso, estas percepciones no tienen nada que ver con una perspectiva eterna. Observas el caos en tu vida y no ves nada que pueda limpiar ese desastre. ¿Cómo puedes limpiar ese caos? No puedes, pero Jesús sí puede, y ya lo hizo. Puedes cambiar tu perspectiva, solo permite que el Alfarero tome la rueda otra vez. Rinde el caos de tu vida en sus manos. Nuestro caos no nos define, sino que nos refina.

Jeremías no es el único que usa la ilustración del alfarero y el barro. Isaías 64:8 dice: «SEÑOR, tú eres nuestro Padre; nosotros somos el barro, y tú el alfarero. Todos somos obra de tu mano». Tú eres la obra de su mano, la creación del Creador. No siempre es fácil rendirse a Dios y permitir que Él haga lo que quiera con tu vida. No estoy aquí para tratar de convencerte de que lo hagas. No siempre es divertido decir: «Señor, yo soy el barro y tú eres el Alfarero, hágase tu voluntad». No estoy seguro de que cuando Jesús agonizaba en oración hasta el punto de sudar sangre en Getsemaní, estuviera demasiado emocionado con la idea de someterse a las manos del Alfarero. Es más, la noche antes de la crucifixión Jesús pide que, si es posible, esa copa pasara de Él, pero eso no le impidió caminar en obediencia.

No quiero decirte por qué necesitas tener confianza y dejar que Dios haga su voluntad en tu vida. Quiero caminar contigo y conversar sobre el tema, pero al menos permíteme decirte por qué me siento confiado y cómodo permitiendo que Dios haga su voluntad en mi vida. Mi Dios ha invertido en el juego. Me habla en

oración y a través de su Palabra, pero también puedo mirar a Jesús y saber que Dios no solo habla por hablar; Él recorrió el camino. Cuando veo a Jesús, sé que mi Dios no solo es una idea metafísica. Tuvo una brutal muerte física para pagar la pena que yo no podía pagar, al morir la muerte que merecía yo. Mi Dios no mira mi caos y me dice que me esfuerce para arreglarlo. Me extiende su gracia por la fe en su Hijo, Jesucristo, y me dice que vino para limpiar mi caos. ¿Te puedo contar algo sobre las manos del Señor? ¿Sobre las manos del Padre? La razón por la que estoy seguro y por la que he confiado mi vida en sus manos es que las manos que están haciendo la incómoda tarea de moldear y formar nuestras vidas son las mismas que se extendieron en la cruz para darnos vida eterna.

La vida es caótica. El evangelio es caótico. Sé que estás herido. Sé que te has sentido roto. Sé que estás estresado. Sé que estás ocupado con tus estudios. Sé que tienes un empleo, un presupuesto, hijos y un cónyuge. Sé que te sientes como si fueras una pobre mamá o un esposo que nunca logra nada. Sé que quieres crecer con el Señor, así como en otras esferas de tu vida. Sé que te has sentido menos que otros. Sin embargo, esto es más importante aún: Dios lo sabe. Jesús sabe que nuestras vidas son caóticas. Él no vino por los sanos, sino por los enfermos. Vino a llamar a los pecadores al arrepentimiento, para que podamos ser sanos por sus heridas. Su cuerpo fue quebrantado para que nosotros pudiéramos estar completos. Su sangre se derramó para que nosotros pudiéramos tener vida en Él. Nunca ha tenido miedo de un caos, y no tendrá miedo del tuyo.